

EL CAPITÁN
DIKSHTEIN
(Un relato fantástico)

MIJAÍL KURÁYEV

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE JORGE FERRER



TÍTULO ORIGINAL:

Капитан Дикштейн. Фантастическое повествование.

Publicado por

AUTOMÁTICA

Automática Editorial S.L.

Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com

www.automaticaeditorial.com

© 1988 by Mikhail Kuraev

© de la traducción, Jorge Ferrer, 2025

© de la presente edición, Automática Editorial S.L., 2025

© de la ilustración de cubierta, Javier Boullosa, 2025 (_javitxuela)

Derechos exclusivos de traducción en lengua española: Automática Editorial S.L.

Publicado con la colaboración del Instituto para la Traducción Literaria, Rusia/

Published with the support of the Institute for Literary Translation, Russia



AD VERBUM

ISBN: 978-84-10141-11-7

DEPÓSITO LEGAL: M-6718-2025

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors

Composición: Automática Editorial

Corrección y revisión: Automática Editorial

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: abril de 2025

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

EL CAPITÁN
DIKSHTEIN
(Un relato fantástico)

MIJAÍL KURÁYEV

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE JORGE FERRER



*Desde el Sebastópolis disparan,
¡a veces no llegan, a veces se pasan!
Los cadetes bucean
bajo el hielo, bajo el hielo.*

Canción popular, 1921

*¡Pero qué remoto es todo aquello,
y qué escondido estaba aquel rincón!*

N. V. GÓGOL. *Almas muertas*

El 27 de enero de 196..., Igor Ivánovich Dikshtein estaba a punto de despertarse en el apartamento 8 de la segunda planta del edificio situado en el cruce de las calles Chkálava y Sot-sialistícheskaia en la ciudad de Gátchina, en una habitación que hacía esquina, inundada ya de esa neblina gris propia de la mañana.

Aún no se había despertado del todo, pero los objetos y las siluetas que poblaban la frágil penumbra del sueño comenzaban a tomar cuerpo, asentándose en un espacio donde ya no era posible borrarlas o apartarlas... El amanecer se iba colando en el sueño con su incontestable concreción.

Un poco antes de que abriera los ojos, Igor Ivánovich comprendió que estaba a punto de despertar. Y el primer pensamiento que le vino a la mente fue que debía abstenerse de pensar en algo concreto, porque entonces ya no podría remediarlo y acabaría despertando de veras. El sueño atraía a Igor Ivánovich desde el particular y vaporoso mundo en que transcurre...

A Igor Ivánovich le costaba explicar de forma coherente la atracción que el ensueño ejercía sobre él. Un estado en el que la vida no era más estrambótica que la que se desarrollaba ante sus ojos cuando estaba despierto, pero en el que todos los choques cruciales entre personas y acontecimientos tenían, a diferencia de lo que sucedía en la vida real, un final feliz: el despertar. No eran su carácter introvertido ni su escasa

locuacidad los que le impedían explicarlo, sino más bien la falta de hábito, que probablemente compartamos con él, para preguntarnos el por qué de las cosas cuando somos dichosos, o cuando, simplemente, la suerte y la felicidad nos vienen dadas sin esfuerzo. Tan solo aquellos a quienes el destino ha sido adverso suelen hacerse preguntas complejas. Pero a diferencia de la mayoría de nosotros, Igor Ivánovich, a quien el destino pocas veces le fue propicio, jamás formulaba ese banal «¿por qué?» dirigido nadie sabe a quién. Él conocía la respuesta.

Solo nos queda suponer que, sumido en la inconsciencia, Igor Ivánovich se sentía atraído por su propio poder, un poder que se extendía sobre ese impredecible mundo oculto en el más distante recodo de su conciencia, un poder capaz de convertir la caída en vuelo o la horrorosa ejecución que había visto en sueños en una feliz sensación, si no de inmortalidad, sí, al menos, de resurrección. Cuando dormía, incluso el amor dejaba de ser un martirio y se tornaba ligero; mientras que la vergüenza, el dolor y el pesar se rendían a la compasiva voluntad de un ángel de la guarda siempre alerta, atento desde una atalaya situada en el último margen.

Es lo que le sucedía en ese momento: sentía que estaba de pie en el borde de un precipicio y se inclinaba hacia delante, a sabiendas de que, por mucho que lo hiciera, nada horrible ni irreparable podría ocurrirle. Quería atisbar el fondo, observarlo, pero se lo impedían unas ramitas o, tal vez, raíces finísimas y vivas, que se elevaban desde las profundidades insondables. Todavía con los pies clavados en terreno firme, alguien tiraba de él hacia abajo cada vez con mayor fuerza y comenzaba a sentir que colgaba sobre el abismo. El horror le cortó la respiración. De pronto sintió que un enorme vacío se abría en su pecho, un vacío helado y espeso en el que se iba hundiendo. Percibió cómo su corazón se detenía un instante. El mero gesto de inhalar aire, tan familiar como el más viejo

de los trucos, le producía una sensación de ingravidez, casi como si flotara sobre el precipicio, o como si estuviera cayendo lentamente, tenso y expectante.

A medida que caía, Igor Ivánovich no pensaba en el fondo del abismo, sino que intentaba no perder de vista al enorme pájaro que se precipitaba junto a él, despeñándose cabeza abajo, primero, y entregándose a los giros más inesperados, después, lo que impedía a Igor Ivánovich observarlo, escrutarlo, reconocerlo, aun cuando le pareció conocer a ese pájaro de algún sitio. Y en ningún momento se preguntó por qué el pájaro no desplegaba las alas, por qué no lo sostenían, si bien a ratos daban la impresión de abrirse, crujían como una espesa cortina deslizándose por las colgaduras, pero acababan por quebrarse obligando al pájaro a entregarse a caprichosas volteretas...

Alcanzó a ver un pino quieto que se alzaba en el borde del precipicio. O no, no era exactamente el borde del precipicio, sino la orilla de un estanque que también le resultó familiar.

Igor Ivánovich no se percató de que su párpado derecho se había abierto apenas un instante permitiéndole entrever a través de la cortina de sus pestañas el paisaje que se extendía al pie de la cama. En cuanto se percató de ello, contrajo el ceño y ese enérgico movimiento bastó para ahuyentar el sueño.

Todavía deseaba regresar a hurtadillas junto al pájaro, volver al estadio inicial, pero la desazón ya se había aposentado en su pecho, y ni siquiera los ojos cerrados podían impedir que el amanecer se colara en el cuerpo de Igor Ivánovich por todos lados.

«Que así sea», se dijo.

No precisaba abrir los ojos para ver y sentir la diáfana calma matinal que imperaba en la habitación, enfriada durante la noche, tampoco para adivinar la presencia de la mesilla de dos niveles, hecha de madera enchapada según la moda de

antes de la guerra. Entre las dos bandejas que la formaban había un espejo que servía de fondo, como creando una gruta, donde se reflejaba una taza procedente de la vajilla de la corte del emperador Pablo, como atestiguaban el monograma imperial y el dibujo en relieve de un marinero tocando el acordeón. El mobiliario también incluía un armario, una mesa, seis sillas que no hacían juego y de las que dos eran recias piezas vienesas, un felpudo de colores variados y una radio de doble banda de la marca Moskvich que, aunque inservible, continuaba ocupando el lugar de honor junto a la ventana. A su lado había una flor en una maceta cuadrada, sus pétalos laqueados ocultaban una imagen de san Nicolás marinero situada en un rincón.

De pronto, todo quedó quieto, como congelado, tal como sucede cuando momentos antes del inicio de un desfile militar los soldados esperan la orden de «¡Firmes!».

No llegaba ningún sonido desde la cocina, lo que significaba que Nastia estaba pelando patatas o había salido a comprar queroseno.

Con los ojos entreabiertos, Igor Ivánovich se entregó de lleno a la observación de la mesilla.

Toda una joya. Una verdadera maravilla. La había conseguido cuando su hija mayor, Valentina, se disponía a deshacerse de ella, sin reparar en que se le podían sacar hasta treinta rublos a aquel mueble, veinticinco en el peor de los casos. ¡Sí, señor! Bastaba esperar un buen rato apostado en el mercado, armarse de paciencia y se podían sacar treinta sin ninguna duda. Que le parecía mucho al comprador, ¡pues se le ofrecía el transporte de la compra hasta su misma casa! ¡Y daba igual que hubiera que llevarla hasta Kolpany! ¡Le pido prestado el carretón a Pável y me lo dará encantado! ¡Ese es más bueno que el pan! ¡Y ya me diréis qué cuesta llevar esa mesilla cuando se dispone de una buena carreta! ¡Coser y

cantar! Que la quieres, pues suelta tres billetes de color rojo y es tuya. Que te parece caro, que es más de lo que puedes pagar, ah, pero ¿acaso no es cierto que te encanta? Mira bien ese espejo... Esto no es cualquier cosa, ¿eh?...

Igor Ivánovich había vuelto a quedarse dormido y, en sueños, se había entregado con ardor a la venta de la mesilla en un gélido bazar.

Para aquellos que no conocieron personalmente a Igor Ivánovich, aquellos que hasta el día de hoy ni habían oído hablar de él, tal ensoñación delirante acerca de cobrar treinta rublos por un mueble que mostraba unos costurones oscuros en las juntas del enchapado provocados por las capas de manganeso que le aplicaron para que pareciera que estaba hecho de caoba, este sueño marcado por la codicia les puede sugerir un retrato de Igor Ivánovich como héroe fantasioso más que como héroe fantástico.

¡Pero qué lejos estaría una suposición tan apresurada del genuino, y subrayo, del genuino Igor Ivánovich!

En aras de evitar confundir al lector que nos ha dedicado a Igor Ivánovich y a mí parte de su tiempo —el tiempo de una vida que no es eterna—, es menester anotar que en este mismo instante Igor Ivánovich vive en la ciudad de Gátchina, es calvo desde los treinta y cinco años (como el rey inglés Enrique III, algo que el propio Igor Ivánovich ni siquiera sospecha), y se encuentra despatarrado bajo una manta roja de algodón cubierta por una sábana blanca y sobre una gran cama de hierro fabricada a principios de siglo en una célebre fábrica de camas de Leningrado que más tarde fue reconvertida en una planta de ensamblaje de aeroplanos. Este es el Igor Ivánovich de carne y hueso, un hombre a quien conocen casi todos los vecinos de la calle Chkálova. Aquí lo tenéis, desprovisto de adornos y oropeles, salvo que consideremos como tales los lazos de las cintas que le sujetan el pantalón a los

tobillos, testimonio más bien de su amor por el orden que de alguna pretérita tendencia a la coquetería.

La punzante idea de que no habría tenido el menor sentido que Valentina tirara la mesilla tal como se proponía hacer devolvió a Igor Ivánovich a la realidad, si bien se abstuvo de abrir los ojos y ni siquiera se percató del súbito tránsito del sueño a la vigilia.

Sin embargo, una idea venida desde el sueño lo absorbió de lleno. Vender la mesilla, ir a casa de Valentina y, sin despojarse siquiera del abrigo, ¡pam!, arrojar los treinta rublos encima de la mesa. ¡Aquí los tienes, a ver si aprendes el valor de las cosas! ¡Que ellos no necesitan esa mesilla! Bueno, ¿y acaso hay alguien que necesite de veras esa porquería pulida y repulida? Que la hicieron en una fábrica de aquí de Gáchina, ¡y eso a quién le importa! Al diablo tanto mueble elegante. Este al menos tiene un espejo: ¡ahí lo tenéis! ¿Quieres afeitarte? Adelante. ¿Peinarte? Adelante. O arreglarte el cuello del abrigo. Componerte el nudo de la corbata... Es cierto que no resulta muy cómodo mirarse en ese espejo porque, como quiera que sea, está en el fondo y hasta un poquito oscuro. Pero ¿qué importa? Y, encima, ¿a qué burro se le ocurriría afeitarse mirándose en el espejo de una mesilla?

Solo un hombre sabe la extraordinaria exaltación que provoca el dispendio negligente de generosidad y la caridad administrada de manera aparentemente casual, actos ambos que elevan el espíritu y la razón hasta unas cumbres donde reinan la libertad verdadera y la sabiduría divina.

Sí, claro que valdría la pena llevarle esos treinta rublos y ni uno menos para sentirse embargado por la satisfacción de ser un hombre, y un padre, conocedor de la vida, que algo sabe de sus entresijos ¡y que sabe vivirla!

Desde la cocina, le llegó el tintineo del cuchillo que acababa de caer en el fregadero. El grifo emitió un resoplido sonoro.

Igor Ivánovich se puso en tensión. ¿Estaría atascada el agua? Los días de fuertes heladas los conductos de agua se atascaban, pero este año todavía no había helado con fuerza... La crepitación fue seguida de un estruendoso gorgoteo. Las tuberías de todo el edificio comenzaron a retumbar. Temblaban como si quisieran sacudirse de encima el abrazo apretado del edificio de viviendas que las rodeaba por todos lados. La tensión crecía y crecía. Las tuberías se estremecieron con un estrépito sordo, bien fuera porque se hubieran atragantado con algo o porque se enfrentaran a una voluntad que les era ajena. Igor Ivánovich ya se imaginaba la válvula que había en el sótano atestada de grasa y sabía bien qué hacer si otra vez... Pero tras tres sonoros estornudos, el grifo tosió, escupió un chorro de agua y otro más, y acabó por gorgotear de manera esperanzadora.

Y como si no hubiera pasado nada, el agua corrió en abundancia.

Igor Ivánovich abrió los ojos con rapidez y facilidad.

Lo primero que vio fue el reloj de pared que había al lado del cuadro. En realidad, no vio el reloj como tal, sino las manecillas que indicaban la hora: faltaban trece minutos para las tres. «¡Vaya!», se dijo Igor Ivánovich mirando burlón al reloj, y hasta permitiéndose una mueca. De las manecillas pasó a observar el péndulo. Su paso era medido, el tictac sonaba ordenado, no había nada que sobrara en aquel ritmo acompañado. Marchaba...

Igor Ivánovich no solía mirar la hora en ese reloj, aunque se afanaba con tesón para mantenerlo en funcionamiento.

Unos seis años atrás, el reloj había comenzado a pararse de vez en cuando, y costaba horrores ponerlo de nuevo a punto. Solo funcionaba si lo colocaban en una posición específica, que no era la vertical, sino levemente ladeado hacia la izquierda. Pero cuando llegaba el momento de darle cuerda, una

operación que debía realizarse una vez a la semana, el reloj siempre terminaba moviéndose un ápice de la posición ideal y se paraba. Entonces se requería una paciencia enorme e idéntico respeto por el Paul Buhre,¹ así como el convencimiento de que el reloj pasaría a futuras generaciones, para estarse un día entero, y a veces hasta dos y tres, sin escatimar tiempo y esfuerzos, dándole empujoncitos al péndulo inmóvil, y ayudando al reloj a encontrar la única posición que complacía a su caprichoso mecanismo.

Fue más o menos por entonces, hará unos cinco años, cuando Igor Ivánovich llevó el reloj al taller. El relojero que le tocó en suerte era un hombre de rostro adusto, gesto atento y poco amigo de las prisas. Tras un estudio minucioso de la pieza, el relojero se negó a cobrar. «No hay nada que arreglar —dijo—. Fue un buen reloj, pero a todo le llega su fin y este ya ha vivido lo suyo». Si esas palabras hubieran sido pronunciadas de otra manera, con un alarde de simpatía, por ejemplo, o, por el contrario, en tono condescendiente o desdenoso, Igor Ivánovich habría discutido el veredicto o, en el peor de los casos, habría llevado el reloj a que lo vieran en Leningrado.

Pero el maestro relojero las había pronunciado con sus manos reposando sobre el propio reloj, mirando a un punto impreciso a un lado de Igor Ivánovich, como si en realidad hablara consigo mismo.

El relojero era viejo, Igor Ivánovich distaba de ser joven: también el reloj había vivido ya lo suyo.

Al regresar a casa desde el taller, Igor Ivánovich colocó el reloj en el sitio de siempre, principalmente para tapar una mancha en el viejo papel que cubría la pared, y entonces echó a andar como si nada, marcando la hora precisa. La situa-

1 Paul Buhre es una marca de relojes rusa, una de las más antiguas de Europa. Fundada por un relojero alemán, tenía su fábrica en San Petersburgo y servía encargos a la corte imperial.

ción se prolongó durante tres meses, daba una impresión de inmortalidad que inundaba de gozo el espíritu de Igor Ivánovich. Más tarde volvió a pararse, pero Igor Ivánovich se mostró implacable: no estaba dispuesto a dejarlo morir y lo mantuvo funcionando contra viento y marea, aunque diera la hora sin precisión alguna. No importaba que el reloj funcionara mejor o peor. Lo importante era que no se parara.

Hay incluso otro aspecto que merece ser anotado en aras de la verdad. A Igor Ivánovich le costaba conciliar el sueño cuando el reloj se paraba. Se adormilaba, sí, pero esa inmersión en la penumbra silenciosa y quieta le resultaba dolorosa y triste. En varias ocasiones le ocurrió que despertaba en plena noche cuando el reloj se paraba de pronto. Entonces, intentaba ponerlo en marcha de nuevo. «Te estás volviendo loco», le decía Nastia, y regresaba a su propio sueño.

No se trataba de una idea ni de una convicción, sino más bien de un presentimiento que había arraigado en la conciencia de Igor Ivánovich, a saber, que la muerte equivalía a la detención del tiempo. Es probable que ese presentimiento motivara su angustia por el funcionamiento del reloj.

Durante los últimos dos meses el reloj había funcionado irreprochablemente. Incluso se había apagado el leve zumbido provocado por la vibración de uno de los muelles del mecanismo y que generaba un estado de permanente alarma en Igor Ivánovich. El péndulo llenaba la habitación con un sonido suave y regular —cloc, cloc—, que hacía pensar que al otro lado de la ventana un caballo avanzaba sin prisa sobre una calle de adoquines, siguiendo con digno porte un camino infinito. Cloc, cloc...